



## Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



# IX – Jaque al rey de Roma

## 3 – “Zancadas de Viento” cumple su palabra

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2022  
Número de páginas: 10  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
**Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)**



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## IX. 3 ~ “Zancadas de Viento<sup>1</sup>” cumple su palabra

*“¡Por demostrar valentía, que no quede! Y eso es lo que el bueno de Saad “Zancadas de Viento”, el hijo simplón del capitán fidaui Dibl el-Baisâni, intenta hacer para ganarse el favor del rey El-Zâher Baïbars, y así igualar en hazañas a su primo Ibrahim (Paladín de Doncellas, para unos, y Panza búfalo para Saad) del que anda un tanto celoso. Otra vez aparece en escena Bartacûsh “El Sable de Bizancio” y su infatigable maestro, el malvado fraile Yauán, conspirando desde las tierras de Macedonia. Por si fuera poco, el sultán El-Zâher Baïbars se las tendrá que ver en esta ocasión con un primo del desdichado Issa El-Burayji, el infortunado arquitecto franco, al que Shîha “Maestro de Argucias” dio muerte para finalmente hacer volar por los aires la fortaleza de Qayqabûn; eso, sin contar con que también en este relato entra en juego el demoníaco patriarca de un convento de monjes: “El Convento de los remedios”, que ha jurado matar a Baïbars, comerse su carne y beberse su sangre. ¿Se puede pedir más acción...?”*



**D**ías y días pasó el sultán atravesando estepas y desiertos, sin detenerse más que para descansar un poco, y siempre acogiéndose a la protección del Señor Todopoderoso, hasta llegar a Alepo. Como quería pasar de incógnito, se vistió de kurdo y fue a alojarse al carvasar de Qaytbek —o, según otros, al de Jeirbek<sup>2</sup>—, en donde dejó su caballo, antes de ir a pasearse por la ciudad, como cualquier curioso viajero. En realidad, lo que pretendía era asegurarse de la forma en que se impartía justicia, e interesarse por la situación de sus súbditos; rápidamente pudo constatar que por todas partes reinaban la tranquilidad y el orden; que los precios eran ajustados y asequibles, y que todos los habitantes bendecían al rey, y le deseaban larga vida y victoria sobre sus enemigos. El sultán pasó tres días en Alepo para descansar y visitar las tumbas de los santos hombres de Dios.

<sup>1</sup> Recordemos que es el apodo que se da a sí mismo Saad, hijo de El-Baysâni, por su destreza corriendo.

<sup>2</sup> Ambos carvasares son monumentos conocidos.

Al cuarto día, después de la oración de la aurora, se puso en marcha y volvió a encadenar una etapa tras otra, hasta llegar a un lugar llamado Warsaj<sup>1</sup>. Como hacía mucho calor, el rey, al divisar una gruta que se abría al pie de la montaña, bastante apartada del camino, decidió hacer un alto y reposar allí hasta que llegara el frescor de la noche. Enseguida echó pie a tierra, penetró en la gruta, dejó en el suelo el saco en el que guardaba el dinero y las provisiones, y, después de tomar un refrigerio, se durmió profundamente: ¡Gloria al Viviente que ignora el sueño!

Escuchad ahora lo que va a suceder, y rogad por el más noble de los profetas: Resulta que andaba a dos pasos de allí un desesperado cristiano, llamado Suhaych el armenio. Iba de camino a la ciudad vecina para un asunto que se traía entre manos, y por casualidad él también había hecho un alto en una anfractuosidad de las rocas, al pie de la montaña. Mientras estaba allí, sentado tranquilamente, oyó de pronto el relincho de un caballo cercano: era el alazán del rey que, después de acabar su ramoneo, se le comenzaba a hacer muy larga la parada. Rápidamente, el siniestro personaje se levantó, penetró en la gruta y se fijó en un hombre que dormía en el suelo. Tenéis que saber que el rey, en cuanto penetró en territorio cristiano, había cambiado su vestimenta por la de un patricio<sup>2</sup>, pero ese disfraz no engañó a Suhaich, que resultó ser el sobrino de Ayek hijo de Mattâ, al que Ibrahim había ejecutado tiempo atrás<sup>3</sup>, y al que, la muerte de su tío había hecho arraigar en su corazón una rabia incontenible; su deseo más querido era caer sobre un guerrero musulmán, por muy poco rango que tuviera, para sacrificarle y dar cumplida venganza. Así que, cuando reconoció a El-Zâehr, le invadió una inmensa alegría y se puso a gruñir como un perro de presa:

– ¡Duerme bien sobre tus orejas, *marfûs*<sup>4</sup>! –se burló el desesperado– ¿Te creías aquí seguro, eh? ¡Pues ahora vas a conocer mi venganza!

Dicho esto, le narcotizó con el *benj*<sup>5</sup>, lo transportó fuera de la gruta y, después de amarrarle a conciencia, le suministró el antídoto. El rey, al volver en sí y tomar conciencia del triste estado en el que se encontraba, elevó los ojos al cielo e imploró en silencio al Todopoderoso; luego, preguntó a su agresor:

– Pero... ¿quién eres tú y qué quieres de mí?

<sup>1</sup> Lugar aparentemente imaginario, situado cerca de otra ciudad también imaginaria: Qayqabûn (Ver *La Revancha del Maestro de Argucias*); según la información geográfica que nos da el narrador del “Baïbars”, se podría suponer que esa ciudad se situaba en algún lugar de la costa sur de Anatolia.

<sup>2</sup> Oficial superior del ejército bizantino; en el “Baïbars” este término se usa simplemente para cualquier soldado cristiano.

<sup>3</sup> Ver *Paladín de Doncellas*.

<sup>4</sup> Término injurioso en *lingua franca*; su origen y su sentido son misteriosos.

<sup>5</sup> Poderoso narcótico utilizado en el “Baïbars” por los aventureros de ambos bandos para neutralizar a sus víctimas; se puede administrar de diversas maneras.

El otro no quiso decirle su nombre, y, a la vez que colmaba de injurias y amenazas al rey, juró que iba a vengar inmediatamente la muerte de su tío Ayek. El-Zâher intentó por todos los medios tranquilizarle, pero sin resultado alguno, y fue entonces, cuando se acordó de la promesa de Saad. Rápidamente, y después de implorar la ayuda de Dios, gritó tres veces:

– ¡A mí, Saad! ¡A mí, Zancadas de Viento! ¡A mí, el Negro!

A la tercera llamada, un violento grito resonó desde lo alto de la montaña:

– ¡Quita tus sucias patas del Comendador de los creyentes!

Intrigado, el infame Suhaych levantó la cabeza... ¡justo a tiempo para recibir en mitad del cuello una flecha que le salió por la nuca! El misterioso arquero no podía ser otro que Saad, que había corrido tras las huellas del rey para protegerle, y había llegado en el instante mismo en que éste, al verse a punto de morir, le había llamado pidiéndole ayuda.

– ¡Admira un poco mi trabajo! –le dijo a El-Zâher una vez que lo hubo liberado– ¿Tú crees que Panza búfalo habría hecho algo así? ¡Procura no olvidarlo!

El sultán iba a darle las gracias, cuando Saad, librando sus ágiles pies al viento del desierto, huyó a través de la llanura.

– ¡Gloria al que lo ha creado! –se dijo el rey para sí– De todos modos, ¡qué cuerpo tan extraño!

Lo que no le impedía estar profundamente impresionado por la proeza de Saad, y así, el Señor hizo crecer y reforzar el afecto que sentía por él.

Tras esta aventura, el rey montó en su alazán y prosiguió su camino por montes y valles. Días más tarde, al ver a lo lejos un fértil oasis, dirigió a su cabalgadura en aquella dirección y descubrió un vergel rodeado de altos muros; como la puerta estaba abierta, se le ocurrió entrar allí para descansar un poco. Se paseó por aquel agradable jardín, comió un poco de fruta y bebió agua de un arrollo, sin encontrar ni un alma, hasta que llegó a una gran alberca rodeada de árboles en los que los pájaros cantaban alegremente la gloria del Señor. Seducido por aquel lugar, echó pie a tierra, ató su caballo a un árbol y se sentó a la sombra, mecido por el murmullo de la brisa; apenas se había tendido y envuelto en su manto, cuando le invadió un profundo sueño.

Volvamos ahora al *babb* \*Macedonios, rey de Macedonia: cuando se enteró por sus cónsules de El Cairo que su hijo había encontrado la muerte tras fracasar en su misión, casi se vuelve loco de rabia. Al no tener a nadie más a su lado, babeaba y echaba espumarajos por la boca, estallaba en insultos y no paraba de maldecir a \*Yauán, que se había quedado junto a él, con su fámulo \*Bartacûsh, a la espera de noticias.

– Dime, *abbone* –le preguntó– ¿Cómo te explicas que mi *figlione* haya muerto y que su sangre se haya vertido impunemente, siendo que tú nos habías prometido la victoria? ¿Son tus ancestros los que han mentido, o has sido tú?

Yauán comprendió rápidamente que Macedonios había decidido matarle, y se apresuró a calmarle:

– ¡Eh, eh, calma, mi querido *babb*, no te precipites! Tan solo escúchame: mis Ancestros<sup>1</sup> acaban de anunciarme que, cuando tu hijo Marín llegó a El Cairo haciéndose pasar por musulmán, entró en una de sus mezquitas, la que llaman mezquita de El-Azhar, en donde bebió agua. Pero, has de saber, que esa agua tenía un hechizo: cualquier cristiano que bebiera de ella perdía su fe en el acto y se convertía en un hereje. De modo que Marín cayó bajo ese sortilegio, y el rey de los Musulmanes lo convirtió, no solo de palabra, sino hasta lo más profundo de su corazón, en musulmán. De modo que, así, de golpe, Marín no esperó ni un minuto para desvelar nuestro plan al rey, y los dos se conchabaron para montarnos una trampa en la que tú y yo habríamos perdido la vida. Pero su traición no se les había escapado a mis Ancestros; que se las arreglaron para que el rey de los musulmanes ejecutara a Marín y así castigarlos a los dos y protegernos a nosotros. Resumiendo, que te han concedido a ti los cincuentaún años que le quedaban de vida a tu hijo... Sométete sin murmurar, ya que todo esto ha sido voluntad de Nuestro Señor Jesucristo.

– Pues si eso es así, *abbone*, ¡que nuestro Señor Jesucristo no lo reciba en su misericordia! –respondió Macedonios, convencido por ese batiburrillo de pamplinas–. ¡Pero sea como sea, es indigno de un rey no vengar tal afrenta!

– De acuerdo; yo voy a traerte al rey aquí, para que puedas apaciguar tu cólera, cortándole la cabeza –prometió Yauán.

Entonces, Yauán señaló a Bartacûsh para llevar a cabo esta peligrosa misión; pero éste, como cabría esperar, puso el grito en el cielo:

– Pero ¡a mí que me cuentas! ¡De sobra sabes que este asunto no es nada fácil! ¿Cómo quieres que lo haga? ¿eh?

Pero..., resulta que Yauán tenía una hija llamada Roma y, aunque no tenía más que siete años, era hermosa como el claro de luna cuando emerge de entre las nubes... Ahora, nobles señores, me vais a preguntar que cómo es que Yauán podía tener una hija legítima, siendo que, como todo el mundo sabe, los monjes no tienen derecho a casarse. Pues veréis, este infame personaje se hacía pasar por sucesor de Cristo, y se había arrogado el poder de atar y desatar; en consecuencia, él se había acordado a sí mismo el permiso para casarse,

---

<sup>1</sup> Para engañar mejor a sus víctimas, Yauán al parecer se ha inventado una religión de su propia cosecha, en la que sus ancestros –por lo demás, también infames sinvergüenzas. Ver *La traición de los emires*– juegan un papel central.

con objeto de perpetuar su perversa estirpe. Así que cuando Bartacûsh se negó a llevar a cabo la misión que le había encomendado, Yauán, que sabía que su fámulo estaba enamorado de la joven Roma, le prometió dársela en matrimonio; de modo que Bartacûsh casi se muere de alegría.

– ¡Júralo por tus Ancestros! –le exigió Bartacûsh.

– Si no te la doy en matrimonio ¡te juro que levantaré la pata y me mearé en sus tumbas por los siglos de los siglos! –le prometió Yauán.

– Eso es exactamente lo que yo quería oírte decir.

Bartacûsh preparó en el acto todo su equipaje, sin olvidar, por supuesto, su saco de “herramientas<sup>1</sup>”, y partió, veloz como un rayo, rumbo a El Cairo. Cuando llegó allí, preguntó por el sultán, y le dijeron que había partido hacia un destino desconocido, dejando la regencia en manos del príncipe \*El-Saïd. Después de investigar durante mucho tiempo, consiguió por fin dar con sus huellas, y le encontró justo cerca del jardín en donde le habíamos dejado; un jardín que pertenecía al rey del país. Desde lo alto de una colina, divisó al sultán que penetraba en su interior, y, cuando vio que se había dormido, se acercó hasta el rey cautelosamente y le suministró el *benj*; luego, trató de acercarse a su caballo alazán, pero éste se puso a relinchar, y a bufar por las narices, mostrando una boca grande como un horno y abriendo los ojos como platos. Con pocos deseos de medirse con aquella bestia, Bartacûsh se quitó su ropa en un abrir y cerrar de ojos, y la cambió por la del sultán: al reconocer las vestiduras de su amo, el alazán se calmó; momento que aprovechó el desesperado para arrojar sobre la silla a su prisionero, sujetándole bien fuerte; tras lo cual, salió del jardín y tomó la ruta hacia Macedonia.

Conforme avanzaba, a Bartacûsh se le iba haciendo cada vez más largo el camino; aparte de que corría el riesgo de caer en manos de alguno de los numerosos *fidauis*<sup>2</sup> que merodeaban por las montañas cercanas; algo que no le convenía para nada. Pero..., había por allí cerca un monasterio, el Convento de los remedios: llamado así por encontrarse en una región en la que crecían toda suerte de hierbas medicinales con virtudes beneficiosas, de las que se proveían los médicos, llegados desde muy lejos. Así que Bartacûsh, se dio la vuelta, enfilando hacia el convento; llamó a la puerta, y los monjes le abrieron enseguida; además, al reconocer con quién se las tenían que ver, se apresuraron a saludarle.

– ¿Quién es este hombre que llevas contigo, oh, lugarteniente del gran Yauán? –se interesaron los frailes.

<sup>1</sup> Todos los aventureros del “Baïbars” jamás se separan de su saco de herramientas, en el que llevan todo el equipo necesario para su profesión.

<sup>2</sup> Nombre que se da en el “Baïbars” a los guerreros independientes de ambos bandos, y, en particular, a los Ismailíes. Los *fidauis* eran mitad guerreros, mitad aventureros.

Después de satisfacer la curiosidad de los monjes, Bartacûsh entró en el refectorio, besó la mano del patriarca<sup>1</sup> y le rogó que le custodiara a su cautivo durante el tiempo que tardase en ir a avisar a Macedonios y a Yauán, y volver con ellos para recogerlo. El patriarca aceptó, y Bartacûsh se puso en marcha sin más dilación.

Pero..., he aquí que el patriarca en cuestión alimentaba un odio feroz contra los musumanes, y su mayor deseo era que cayera uno en sus manos, para devorarle la carne y beberse su sangre. Porque este monje, era el primo de Issa El-Burayji, al que Shîha había asesinado para usurpar su identidad, tal y como os lo había relatado en el episodio de “Las murallas de Qayqabûn<sup>2</sup>”. Así que el diabólico monje ordenó sujetar con cadenas los pies del rey, y que le dieran el antídoto del *benj*. El-Zâher Baïbars se despertó y se encontró en una estancia de vastas proporciones, rodeado de monjes, entre los que destacaba un viejo patriarca. Imaginando que no era prudente, en su situación, implorar abiertamente el socorro de Dios, se limitó a una oración silenciosa, y luego preguntó:

– ¿Dónde estoy?

– ¡Estás en el Convento de los Remedios, *marfûs*! –le respondió el viejo– Porque te ha capturado el “Sable de Bizancio”, que ha partido para traer una buena custodia que te lleve hasta Macedonia, en donde serás ejecutado...; pero mientras tanto –prosiguió con una risa satánica– ¡te voy a infligir los sufrimientos más atroces y las torturas más refinadas que te puedas imaginar, para cumplir así mi venganza!

– ¡Maldito perro! –se sublevó el rey– Yo no te he visto en toda mi vida; ¿qué deuda se sangre hay pues entre tú y yo?

– ¡La de Issa El-Burayji, al que tu Shîha asesinó vilmente! ¡De hecho, él también perecerá!

– ¡Si es Shîha el que lo ha matado, entonces yo no tengo nada que ver con eso!

– ¡Silencio! Esta vez no te vas a salir con la tuya.

– ¡Basta ya de tonterías! –exclamó el rey con voz atronadora– ¡Jamás dejaré de confiar en la misericordia de mi Señor, y nunca perderé la esperanza de que Él me libere, pues Él es el que atiende todas las plegarias!

– ¡Eso, eso, pídele a tu Señor y bebe un trago de agua! –remachó con retintín el viejo e inmundo monje– No me vengas con cuentos, *rey*; ¡ya verás cómo decae tu fiereza cuando te veas en la horca!

En fin; los monjes sometieron al sultán a mil y un ultrajes hasta el final del día; cuando cayó la noche, sacaron unas botellas y se pusieron a beber a lo grande, a la vez que seguían lanzando insultos injuriosos a su cautivo. Estaba el sultán en esta dramática situación,

<sup>1</sup> Este término, en el “Baïbars”, designa con frecuencia a los superiores de un convento; bien es cierto que el narrador muestra una notoria desenvoltura con la jerarquía eclesiástica.

<sup>2</sup> Ver *La revancha del Maestro de Argucias*.

cuando pensó en Saad; a decir verdad, una esperanza bien acertada, pues el convento estaba fortificado y defendido como una ciudadela, con lo que ¿a quién mejor que a Saad podría llamar en su ayuda?

– ¡A mí, Saad! ¡A mí, Zancadas de viento! ¡A mí, el Negro! ¿Dónde estás, hijo de Dibl? ¡Ven en mi ayuda!

Apenas si había acabado de pronunciar estas palabras, cuando una silueta saltó desde lo alto del campanario hasta el claustro, blandiendo un puñal que lanzaba destellos en la noche.

– ¡Aquí me tienes, y a tus órdenes, Servidor de los Santos Lugares! –exclamó el recién llegado– Y dime, ¿qué te ha parecido? ¿Crees que Ibrahim habría sido capaz de dar un salto como el mío? ¡Se habría reventado su gorda panza de búfalo, sí!

Aterrorizados ante esta aparición, los monjes creyeron que se les había aparecido un *yîn*<sup>1</sup>, y se pusieron a implorar:

– ¡Uy, uy, uy, uy...! ¡Piedad, *diabro*<sup>2</sup>!

– ¡Iros a la mierda! –tronó Saad– ¿Os atrevéis a pedir gracia después de haber torturado al Servidor de los Santos Lugares? ¡Esperad y veréis!

Saltando como una pantera, se arrojó sobre los monjes, puñal en mano, y no tardó ni dos minutos en masacrarlos a todos; luego, liberó al sultán y le besó las manos.

– Pero, Saad ¿de dónde has salido tú? –le preguntó el sultán.

– Por tu vida, oh Comendador de los creyentes, yo no te he quitado el ojo de encima desde que Bartacûsh te hubo capturado en el jardín: podrías haberme llamado en cualquier momento, y yo habría venido en tu socorro... Dale las gracias a Baba Omar, mi antepasado.

– ¡Perdón<sup>3</sup>! –se apresuró a decir el rey– ¡Que Dios le tenga entre Sus siervos!... Está bien; ahora, Saad, recoge todos los tesoros del convento y llévaselos a tu padre, a Baysân.

Saad reunió todo el oro y los objetos de valor que encontró, los cargó sobre dos mulas y se marchó. En cuanto al sultán, prosiguió su camino hacia Macedonia. Solo le faltaban seis días para llegar a su destino, cuando vio delante de él a un patricio, y como la soledad ya se le estaba haciendo muy larga, apresuró el paso para alcanzarle; después de que ambos hombres se saludaran en la lengua franca, el rey –que, por supuesto, iba disfrazado– preguntó a su compañero que adónde iba.

– A Macedonia –respondió el otro.

<sup>1</sup> Especie de genio en el imaginario árabe.

<sup>2</sup> “Diablo” en lingua franca.

<sup>3</sup> Entre las creencias de esta época, fuertemente marcadas por la mística musulmana, no es conveniente y, además, es peligroso para un creyente normal mostrar una curiosidad excesiva por las intervenciones sobrenaturales, ya que éstas proceden del “secreto” místico que une a los santos personajes de Dios.

– Pues hagamos juntos el camino.

Poco después, al avistar una fuente, echaron pie a tierra para hacer un alto. El patricio sacó sus provisiones y ofreció al sultán compartir su comida; pero, apenas éste había comido unos cuantos bocados, cuando se desplomó al suelo sin conocimiento. El siniestro individuo se apresuró a atarlo bien atado, y al poco rato, el rey volvió en sí.

– ¿De verdad pensabas engañarme con tu disfraz, pobre imbécil? –le soltó el otro– Que sepas que me llaman “Cruz de los Bizantinos”: yo era el palafrenero de Asfín, rey de Qayqabûn, la ciudad que destruiste y cuyas piedras dispersaste a los cuatro vientos<sup>1</sup>. Desde ese día, he caminado errante y sin rumbo fijo, exilado en estas inhóspitas regiones. Pero hoy podré vengarme, y por mi religión te juro, que ahora mismo voy a colgarte de este árbol.

Sacó una cuerda de su saco, y ya estaba a punto de proceder a su ejecución, cuando el rey se puso a gritar:

– ¡Amí, Saad! ¡A mí, el Negro!

Al tercer grito, un remolino se elevó como un tornado sobre la estepa, acercándose a la velocidad de un huracán.

– ¡Rayos y truenos! –clamó una voz– ¡Quita tus sucias patas de encima del Comendador de los creyentes!

Al tiempo que se oía esto, una piedra lanzada con una honda fue a dar de lleno en la espalda del infiel, haciéndole rodar por tierra. Cuando el tipejo se pudo recobrar, Saad estaba montado a caballo sobre su pecho y le había atado los brazos; instantes después, liberaba al rey, al tiempo que el desesperado se balanceaba a los cuatro vientos, colgado de un árbol cercano.

– Dime, ahora, mi rey –prosiguió el joven Saad– ¿Crees que el Panza Búfalo habría podido hacer lo mismo que yo? Ésta es la tercera vez que acudo en tu ayuda: deberías ser más prudente... Bueno, ¡hasta la próxima!

Antes de que a El-Zâher le diera tiempo de abrir la boca para responderle; Saad se había dado ya la vuelta y se largaba trotando a toda velocidad, montando tal polvareda, que en un abrir y cerrar de ojos había desaparecido por entre las colinas.



<sup>1</sup> Ver *La Revancha de Shîha Maestro de Argucias*.

Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:  
IX.4 – “Una llegada movidita”